

## SANTIAGO GRISOLÍA

Cierro los ojos y me sumerjo en el agua. Dejo que las olas me lleren. Cuando saco la cabeza veo a mis padres en la orilla, parecen mucho más pequeños desde aquí. Aparto la mirada y vuelvo a sumergirme.

- ¡Guillermo! - grita mi padre.

Empiezo a salir del agua.

- Guillermo ven a comer.

Me acerco a mi padre y cojo el bocadillo que me tiende. Me siento en la toalla, evitando que la arena manche mi comida. Cuando estoy sentado, mirando al mar, rodeado, realmente siento que soy feliz. La brisa me acaricia la cara y me relaja. Veo a mi madre apoyando la cabeza en el hombro de mi padre y sonrío, no cambiaría nada ahora mismo.

.....

Me despierto sobresaltado y miro a mi alrededor. Oigo el electrocardiograma, veo la cama y me doy cuenta del lugar en el que estoy. Me calmo un poco y observo a mi padre. Sigo recordando ese día de playa como si fuera ayer. Papá siempre fue así de cariñoso y de humano. Me recalco en la silla mientras otros recuerdos invaden mis pensamientos. Dejo que me lleren y me sumerjo en ellos como hice con las olas.

.....

- ¡Pedalea, Guillermo! - grita mi padre.

- ¡Vamos, Gulle! - oigo decir a mi hermano.

El viento sacude mi cara y una extraña sensación de libertad se apodera de mí. "Yo puedo, yo puedo" me repito. Pedalea, ya casi no me quedan fuerzas, pero a pesar de eso sonrío. La felicidad me invade.

- ¡Mira papá!
- Mi padre suelta una carcajada.
- ¡Muy bien, Guillermo! - grita otra vez.

.....

"Papá era así" pienso. Siempre apoyándonos, animándonos y sujetando el sillón de la bici siempre que fuera necesario. Y yo siempre igual, buscando su aprobación. Desde pequeño he admirado mucho a mi padre y siempre he querido que se sintiera orgulloso de mí. Durante años estuve convencido de que yo iba a ser médico, igual que él. No barajaba más opciones en mi cabeza. Aún me acuerdo de ese adolescente miedoso que sufría por cosas insignificantes, en ese momento no parecían tan pequeñas claro está. Pero yo sentía que cargaba el peso del mundo sobre mis hombros.

.....

- Papá, hay algo que quiero decirte.  
Noto que el corazón se me acelera a medida que me voy acercando a él.
- Dime hijo.
- Te acuerdas de lo de estudiar medicina, ¿no?
- Claro que sí, desde que tenías apenas 5 años llevas repitiéndolo. ¿Qué pasa?
- He estado pensando y creo que no quiero estudiar medicina.

Sentí que esa mochila que llevaba encima me hundía más hacia abajo, pensaba que iba a decepcionar a la persona que más admiraba. Creí por un segundo que mi padre ya no me iba a querer tanto, que le iba a dejar de lado. Nada más lejos de la realidad,

cuando le dije esto se rio y me preguntó tranquilamente:

-¿Y qué quieres estudiar entonces?

-No sé papá, creo que lo que a mí me gusta es escribir, la literatura. Lo siento.

-¿Qué sientes, hijo? A mí no me importa lo que estudies, solo si eres feliz. Tienes que encontrar lo que verdaderamente te llene. No intentes parecerme a mí para contentarme. Porque nada me hace más feliz que veras sonreír a ti y a tu hermano.

Me dio un abrazo y apoyé la cabeza en su hombro. Unas lágrimas tímidas asomaban por mis ojos. Me esforcé en ocultarlas, pero mi padre ya sabía que estaban ahí. Me conocía más que a nadie en el mundo.

.....

Aún a día de hoy me emociono al pensar en estas cosas. Nadie nunca me ha comprendido como lo hace él. Me acomodé en el sillón por segunda vez y me sumerjé en mis pensamientos hasta quedarme dormido.

Por la mañana me despierta mi hermano.

-Guille, ya estoy aquí.

-Ah, hola Santiago, ¿qué tal? no se te ve muy contento. ¿Papá está bien?

Veo que no me responde al momento y me empiezo a preocupar.

-Santiago, dime algo.

El miedo se apodera de mi cuerpo y me levanta del sillón de un salto. Me acerco a la cama y lo miro. Se le ve tan frágil, tan débil. Nada comparado con el hombre que era, alto, divertido, orgulloso y bromista. Vuelvo a mirar a mi hermano. Niega con la cabeza. Siento que me hundo,

me hago pequeño. Mi hermano me abraza mientras mi madre entra llorando a la habitación. La acogemos en nuestro abrazo y nos abrazamos los unos a los otros. Lo único que quiero hacer ahora mismo es llorar, pero no me salen las lágrimas. Sé que no es lo que papá hubiera querido que hiciésemos. Pero no sé qué más hacer. Me siento insignificante, como aquel adolescente asustado, como si ya nada importara tanto como antes. Como si ya no fuéramos más que pelusas esperando a que alguien llegue a quitarlas o a que se las lleve el viento. El calor veraniego invade la habitación. Pocas veces me fijo en el día en el que vivo. No me parece tan importante. Pero sé que hoy va a marcar un antes y un después, hoy día 4 de agosto, he perdido a mi padre, pero España ha perdido a Santiago Grisalia.